



D. JUAN DE AUSTRIA
A LOS VEINTIOCHO AÑOS

(El original perteneció a la colección de D. Valentin Carderera, y hoy forma parte de la Iconografía Española.)

LIBRO CUARTO



I



ON la batalla de Lepanto comenzó la decadencia y siguióse la ruina del imperio otomano. Es sin embargo cierto que no correspondieron los provechos inmediatos de este glorioso triunfo ni al esplendor de su gloria ni al heroísmo de los que supieron alcanzarlo.

Diéronse harta prisa en separarse los Generales de la Liga: ansiaba el viejo Veniero verse en Venecia para cuidar de la herida que en la batalla recibiera: Colonna en Roma para gozar de los merecidos honores del triunfo, y D. Juan de Austria, recluso en Mesina por las terminantes órdenes de su hermano Felipe II, que le había mandado retirarse allí y no moverse ni bullir sin nueva orden suya, consumíase de impaciencia al ver que se alejaba la ocasión de sacar sus frutos naturales al triunfo de Lepanto y que se alejaba también para él, como lógica consecuencia, el cumplimiento de la promesa que le hiciera San Pío V de darle la investidura del primer reino que se ganase al turco.

Un suceso misterioso y muy secreto entonces, patente y conocido de todos más tarde, vino a espolear en D. Juan

su fogoso empeño de proseguir la campaña según lo pactado en la Liga, y según los continuos clamores de San Pío V, único que alzaba su voz sin interés alguno terrenal y con completa y santa independencia. Había D. Juan entrado en Mesina el día de Todos Santos, al frente de la flota vencedora, trayendo a remolque por las popas las innumerables galeras presadas, con sus estandartes abatidos, sus banderas arrastrando por el agua, sus cañones y armamentos de través formando trofeos de guerra. Todo parecía en Mesina poco para festejar y recibir al héroe de Lepanto: hicieronlo bajo palio la Ciudad, el Arzobispo y la clerecía, y allí mismo en el muelle presentáronle un soberbio regalo y 30.000 escudos de oro, que D. Juan hizo repartir entre los hospitales y los soldados heridos que venían en la flota. Diéronle en honra suya el nombre de *Austria* a la soberbia puerta que para recibirle habían construído en el muelle, y a la calle que de allí arranca, y en el sitio más honroso de Mesina, frente al Palacio y en medio de la Plaza de Nuestra Señora del Piller, levantáronle en aquellos mismos días una estatua colosal, obra del insigne escultor y arquitecto Andrés Calamech. Era esta estatua y es todavía, porque en el propio lugar se conserva, de bronce, dorada: tiene en la diestra el triple bastón de Generalísimo de la Liga, y hállase colocada sobre una altísima columna también de bronce, en cuyo pedestal se ven esculpidos elegantes versos latinos y alegorías alusivas a la corta pero ya gloriosa vida de D. Juan de Austria.

En medio de estas fiestas y regocijos que duraron hartos días, deslizóse una noche entre la multitud de barcos que ocupaban el puerto, una galera griega de las que hacían entonces el tráfico en Italia de mercaderías de Oriente. Vióse la por varios días sin que llamase la atención de nadie, atracada al muelle, descargando sus mercancías bajo

la dirección del capitán, un albanés muy corpulento que frecuentaba el trato de mercaderes principales de Mesina. Mas una noche, dado ya el toque de queda, desembarcaron sigilosamente tres hombres de la galera griega, que guiados por el capitán mismo, se internaron en las desiertas callejas: iban envueltos en amplios mantos oscuros, con capucha que les ocultaba el rostro, y parecían dos de ellos amoldar su paso firme y decidido al del tercero, que era lento y fatigoso. Llegaron a la Plaza del Piller, donde a la sazón levantaban la estatua de D. Juan de Austria: extendíase al frente la gran mole del antiguo Alcázar, construído en tiempos de Arcadio y renovado en los que corrían por el Virrey D. García de Toledo, y hacia allí se dirigieron los encapuchados, deteniéndose ante una puertecilla excusada, abierta en la fachada que mira al Arsenal viejo. Esperábanles allí sin duda, porque el solo ruido de sus pasos abrióse la puerta y apareció con una linterna en la mano Juan de Soto en persona, secretario de D. Juan de Austria. Guióles Soto sin decir palabra por oscuros y tortuosos pasadizos hasta un apartado camarín, lujosamente alhajado, en que les dejó solos: despojáronse entonces de sus mantos los tres misteriosos visitantes y aparecieron con ricos trajes albaneses, bordados de oro y plata y con joyas de pedrería. Dos de ellos eran hombres robustos en la flor de su edad; el tercero muy viejo, encorvado hacia tierra, con larga barba blanca: el capitán habíase quedado respetuosamente detrás junto a la puerta de entrada. No tardó en aparecer D. Juan de Austria seguido de Juan de Soto, y los tres albaneses precipitáronse a sus pies con muestras del mayor respeto: no pudo hacerlo el viejo tan presto como quiso, y llegó a tiempo D. Juan para impedirlo.

Sirviendo entonces de intérprete el capitán, presentaron sus credenciales y dijeron quiénes eran y a lo que venían.

Eran Embajadores de Albania y de Morea y venían a ofrecer a D. Juan de Austria la corona de aquellos reinos oprimidos por el turco, y a darle la obediencia desde luego en nombre de los cristianos albaneses. Llevaba la voz el viejo y hablaba con gran reposo y señoril aplomo, marcando con grande autoridad los puntos principales que podían decidir a D. Juan a aceptar la oferta, e insistiendo una y otra vez en que era necesario aprovechar el pánico y desaliento inmenso que había producido en Constantinopla y en todo el imperio otomano la terrible derrota de Lepanto.

No turbó a D. Juan en lo más mínimo la inesperada propuesta, que venía a realizar de un golpe sus brillantes sueños de estudiante. ¡Conquistar un reino para Cristo!... y ya no era el sueño de su imaginación juvenil exaltada entonces por las lecturas caballerescas de Alcalá: era realidad y allí estaba el reino llamándole, abriéndole sus puertas, tendiéndole los brazos y ofreciéndole cetro y corona a trueque de que la espada vencedora de Lepanto sirviese de salvaguardia en Albania y en Morea a la fe de Jesucristo.

La tentación era violenta para un mancebo de veinticuatro años, ávido de gloria, entusiasta de su fe; mimado por la fortuna y protegido por el poder inmenso en aquel tiempo de la Corte Romana: pero la caballerescas ambición de D. Juan grande y activa en efecto, como hija de la alteza de su sangre y lo noble de sus cualidades, estuvo siempre subordinada a la obediencia y lealtad que a Felipe II debía como rey y como hermano: así fué que sin vacilar un momento contestó a los Embajadores agradeciendo y ponderando la honra que le hacían, mas confesando franca y noblemente *que sin la voluntad del Rey su señor y hermano, no podía resolverse a nada por ser dueño de la suya y de todas sus acciones. Que lo comunicaría con él para alcanzar su beneplácito, y que el tiempo enseñaría lo que se debía ha-*

cer, y Nuestro Señor dispondría (poniendo todo este negocio en sus manos, como él lo hacia) lo que más conviniera.

Retiráronse los albaneses muy esperanzados y satisfechos de D. Juan, y éste envió al punto un correo a Felipe II dándole cuenta del suceso. No se hizo esperar la respuesta: sin desechar D. Felipe del todo la oferta no la aceptaba tampoco, por *venir en mala ocasion*, decía, y por miedo de que su aceptación disgustase a los venecianos: recomendaba sin embargo a D. Juan *que entretuviese a los embajadores, pues podría venir ocasión en que se lograra su buen deseo*: y reiterábase también la orden de que no se moviese de Mesina.

Comentando Vander-Hammen esta respuesta del Rey, dice: «Pretendía D. Felipe entretener al hermano con estas esperanzas para que alentado con ellas obrase grandes cosas en su servicio: mas no traerle nunca al estado de rey». Y un célebre historiador moderno, injusto a veces con Felipe II, añade: «¿Qué era lo que movía a Felipe II a obrar de esta manera, cuando antes había mostrado su deseo de que D. Juan prosiguiese lo más brevemente posible la comenzada empresa hasta sacar todo el fruto que era de esperar de la primera victoria? ¿Eran solo las dificultades que se le suscitaban por parte de Francia con relación a la guerra de Flandes? ¿O eran temores de que su hermano, remontando demasiado el vuelo, llegase a obtener alguna de las soberanías con que sus amigos y hasta el mismo Pontífice parece encendían su juvenil ambición? Para nosotros es cierto que Felipe II no quería permitir que su hermano D. Juan se remontase más arriba de la esfera en que él le había colocado. Felipe II había prevenido a sus ministros en Italia, que honrasen y sirviesen al señor D. Juan, pero que no le tratasen de *Alteza* ni de palabra ni por escrito, que el título de *Excelencia* era lo más que podían

darle, y les recomendaba no dijese a nadie que habían recibido orden suya sobre esto. La misma prevención se hizo a los embajadores de Alemania, de Francia y de Inglaterra. Y el que así se mostraba receloso del dictado de *Alteza* que daban a su hermano, es evidente que haría lo posible porque no llegase a decorarse con el de *Majestad*.

Mas no es necesario, a nuestro juicio, apelar a pasión tan baja como la envidia, para explicarse en esta ocasión la conducta de Felipe II. Bastaba y sobraba con que los planes mejor o peor combinados, y las ambiciones justas o no justas de su hermano embarazasen la marcha de su complicada política, para que D. Felipe se apresure a echar por tierra aquellos planes y ahogar sin piedad estas ambiciones: y si algún recelo pudo tener entonces de D. Juan de Austria, era sin duda alguna el que comenzaba a insinuarle hábilmente el sutil traidor Antonio Pérez. No se atrevía éste aún a atacar de frente al noble Príncipe, y limitábase a dirigir sus tiros al Secretario Juan de Soto, acusándole de exaltar con sus adulaciones la vehemente fantasía de D. Juan y aconsejar para eso a Felipe II apartarlo de su lado.

Murió en esto el Santo Pío V, el 1.º de Mayo de 1572, y sucedióle en el Pontificado Gregorio XIII, que no bien ocupó la silla de San Pedro, comenzó a acosar a la Liga y a estimular a D. Juan con *breves de Fuego*, según éste decía, para que sacase la flota al mar y prosiguiera sus victorias: y era tal la confianza y estimación que tenía de su persona, que en Consistorio público le ensalzó con graves razones, llamándole Escipión en el valor, Pompeyo en el agrado, Augusto en la fortuna; nuevo Moisés, nuevo Gedeón, nuevo Sansón, nuevo Saúl y nuevo David, sin homicidio y sin envidia y sin los demás achaques que en los otros se vieron. Y dijo y repitió por tres veces en público, lo que ya

había escrito a D. Juan privadamente: *Que antes de que él muriese, esperaba en Dios darle corona de Rey.*

Y estas tres influencias opuestas amargaron y abreviaron el resto de la vida de D. Juan de Austria: el empeño decidido de los Pontífices de darle una corona, excitando su ambición siempre leal, noble y franca; la política sistemática de D. Felipe siempre oponiéndose y desbaratando estos planes; y la desatinada envidia de Antonio Pérez envenenando con sus enredos y calumnias la natural suspicacia del Monarca y consiguiendo al fin malquistarle con su hermano.





II



MARCABA la Liga Santa en uno de sus capítulos que todos los años por el mes de Marzo, o a lo más tardar por Abril, debían estar las escuadras de las tres potencias en el mar, con un ejército igual por lo menos, al que habían presentado en 1571. Mas al morir San Pío V el 1.º de Mayo del 72; todavía no se habían puesto de acuerdo las potencias para esta segunda campaña a pesar de los sobrehumanos esfuerzos que para ello hizo aquel santo anciano. Logrólo al fin su sucesor Gregorio XIII, por el mes de Julio, y el día 6.º arrancó D. Juan de Austria del puerto de Mesina con Marco Antonio Colonna, para incorporarse en Corfú con la flota veneciana que andaba por aquellos mares de Levante. Mandábala Jacobo Foscarini en sustitución del viejo Sebastián Veniero, contra quien había presentado muy graves quejas en el Senado de Venecia D. Juan de Austria, y venía como lugarteniente de éste el Duque de Sesa, en vez del Comendador Mayor D. Luis de Requesens, nombrado por Feli-

pe II gobernador de Milán. Estas eran las únicas modificaciones hechas en la flota.

«Aquella expedición, dice un historiador, fué emprendida con indisculpable retraso, continuada con lentitud, y malograda por desacuerdos. Nadie hubiera creído en Octubre de 1571 que los vencedores de Lepanto habían de regresar así en 1572.»—Y así regresaron en efecto, sin haber logrado combate formal con el turco, y sin más botín de guerra que la magnífica galera del nieto de Barbaroja, apresada por el Marqués de Santa Cruz y traída a Nápoles para rebautizarla con el nombre de *La Presa*. Dióse aquí por terminada la jornada, y los venecianos fueron a invernar a Corfú, la flota Pontificia en Roma, y D. Juan de Austria con su escuadra a Mesina, y de allí a Nápoles donde, por su mala ventura, mandó invernar Felipe II.

Y fué mala ventura ésta, porque sucedió entonces lo que con su maternal previsión había pronosticado D.^a Magdalena de Ulloa, al despedir a D. Juan para la guerra de Granada: *La ociosidad opulenta será siempre perjudicial á su juventud y solo las responsabilidades y trabajos de la guerra podrán mantener en equilibrio la juvenil fogosidad de su corazón*. Hallábase D. Juan ocioso, porque las ocupaciones de su mando mientras la flota invernaba, no eran bastantes a satisfacer su actividad fogosa: hallábase herido en su amor propio, por no haber sido escuchados sus oportunos avisos sobre la organización y comienzo de aquella campaña, cuyos escasos resultados lamentaban ahora todos, dando al Generalísimo una razón tardía. Necesitaba, pues, algo que distrajera su imaginación y llenase su tiempo, y lo encontró en aquel país delicioso, bajo aquel cielo incomparable, en aquel corrompido Nápoles del siglo XVI tan peligroso entonces por sus traidoras delicias, como lo es hoy mismo.

Era ya Nápoles por aquel tiempo una de las ciudades más hermosas de Italia y de Europa: el famoso Virrey D. Pedro de Toledo la había agrandado y embellecido, echando abajo las antiguas murallas, y construyendo soberbios palacios, monasterios magníficos y suntuosas iglesias en las dos millas cumplidas que con esta mejora agregó a la ciudad: empedró también las calles y plazas, llenándolas de árboles y fuentes, y abrió la famosa vía de más de media legua de largo, llena de suntuosos palacios, que él llamó calle del Espíritu Santo, y se llama hoy, en memoria suya, calle de Toledo. Contaba entonces Nápoles, mas de trescientos mil habitantes, y era el centro adonde refluía toda la aristocracia del reino: en aquellos tiempos de D. Juan vivían en Nápoles catorce Príncipes, veinticinco Duques, treinta y siete Marqueses, cincuenta y cuatro Condes, cuatrocientos ochenta y ocho Barones, e innumerables caballeros no tan ricos como los titulados, y a veces pobres del todo, pero no por eso menos orgullosos de su nobleza, y desdeñando, como los otros, toda ocupación que no fuera montar a caballo, jugar a las armas y *ruar*, esto es, pasear por las calles requebrando a las damas, y charlando ociosamente, en las mil cómodas silletas, que según era costumbre, mantenía la Ciudad en calles y plazas.

Era, pues, muy numerosa lo que llamaríamos hoy *buena sociedad* de Nápoles, y notábase en ella, como hoy mismo acontece en ciertos elevados círculos, ese funesto afán de gozar y divertirse de todas las maneras posibles, como si no fuera otro el fin de la vida. Aquella ociosa nobleza, mezcla extraña de los vicios y virtudes de la época, con un marcado tinte del paganismo resto del renacimiento; insustancial y caballeresca, culta y fiera, devota y corrompida, acogió al héroe de Lepanto como a un semidiós, que realzara sus encantos humanos, que eran muchos y muy gran-

des, con los divinos reflejos del genio y de la gloria. Los hombres, sobrecogidos de admiración, le imitaban servilmente: las damas, enamoradas de su gallardía, disputábanse sus miradas y solicitaban sus galanterías como sobrenatural honra, y el pueblo, ocioso también y prendado de tanto garbo y gentileza, fantaseaba sus triunfos y hazañas, le seguía por todas partes, y en los juegos de cañas y de pelota, en las mascaradas, en los torneos y en las corridas de toros, aplaudía con entusiasmo su destreza y su valor a toda prueba.

En el diario del confesor de D. Juan de Austria, Fr. Miguel Serviá, que le había seguido a Nápoles, nótase un fenómeno que hará sonreír tristemente a todo el que conozca la flaqueza del corazón humano, y las terribles luchas que en la juventud riñen en él, la castidad, la piedad y el remordimiento. A medida que se engolfaba D. Juan en los placeres de Nápoles, disminuye la regularidad y la frecuencia con que apuntaba el buen franciscano en su diario esta sencilla frase: *Hoy se ha confesado su Alteza.*

Y engolfado en estos pasatiempos y continuas diversiones de Nápoles, sucedió a D. Juan lo que en semejantes circunstancias acontece a la juventud incauta y apasionada; que llegó más lejos de donde hubiera querido llegar. Hubo en este primer tropiezo de D. Juan en Nápoles, extrañas intervenciones que asombran hoy más que asombraban entonces. El caso fué de esta manera. Corriáanse toros todos los domingos en la plaza de caballerizas del palacio del Virey, que lo era a la sazón el Cardenal Granvela. Convidaba éste por turno a todas las familias de la nobleza, por ser el local harto pequeño para convidarlas todas a un tiempo; y el último domingo de Octubre, día magnífico del otoño de Nápoles, llególe la vez a un cierto caballero de Sorrento llamado Antonio Falangola, que vivía en Nápoles con su

mujer Lucrecia Brancia y su hija Diana, reputada por la más hermosa mujer de Nápoles: *la piu bella donna di Napoli*, dice el caballero Viani. Era Antonio Falangola pobre para su clase, fanfarrón y nada escrupuloso: Lucrecia taimada e hipócrita y pretendían ambos esposos lucrarse con la belleza de su hija, que era a su vez muy grande coquetuela. Exhibíanse pues, por todas partes con grande lujo y ostentación, dejando ocultas en casa la miseria y escasez de su pobreza. Llegaron aquel domingo a los toros en carroza, bizarramente adornadas las damas en su tocado, con acompañamiento de dueñas y pajes, y colocáronse en el tendido cubierto de damascos y tapices, frente al sitio reservado para D. Juan de Austria.

No se hallaba allí éste en aquel momento: tocábale rejonar un toro, a la española, y estaba en la corraleta esperando le llegase su vez de salir a la arena. Rejoneó D. Juan su toro mu lucidamente, dejándole el morrillo cubierto de banderolas de todos colores que le flotaban al uno y otro lado de la cabeza: presentábanle los rejones dos gentiles-hombres a caballo, y éstos los tomaban a su vez de mozos de a pie con la librea de Granvela. Diéronle luego un garrochón: de fresno con hierro ancho muy agudo y limpio y al primer embite dió muerte a la fiera, con una lanzada por el cerviguillo que le hizo caer a tierra enclavada con el garrochón mas no llevaba anteojos el caballo, espantábale la fiera, y dando arremetidas en falso dió lugar a que el toro le hiriese en uno de los brazuelos, quitando así algo de lucimiento a la suerte.

Volvió D. Juan a su sitio en el tendido, rodeado de una turba de caballeros que con grandes adulaciones aplaudían su destreza y su denuedo, y allí acudió también a felicitarle el Cardenal Granvela: mostróle éste de lejos en el tendido de enfrente a la Falangola, como cosa extraordinaria, y

D. Juan, que no la conocía, quedóse maravillado. Era entonces costumbre entre las damas tirar al toro desde el tendido lo que llamaban *garrochas*, que eran unos palitos con un arpón en la punta, muy semejantes a las banderillas modernas. Adornábanse estas garrochas muy vistosamente con flores, lazos y plumas; tirábanlas las damas al toro con singular destreza; y era muy preciada galantería en los galanes de entonces arrancarlas a la fiera haciendo valerosas gentilezas y volverlas a las damas sin mancha alguna de sangre ni deterioro notable en sus flores, cintas y plumajes.

Tomó D. Juan una de estas garrochillas muy linda, con lazos amarillos y blancos, que eran los colores de Diana Falangola, y enviósela a ésta con un pajecito y un muy cortés mensaje, rogándola que la tirase por amor suyo al primer toro que saliese. Recibió Diana la garrocha con transportes de agradecimiento, y allí eran de ver las cortesías del padre, las zalemas de la madre y los ademanes de la niña, que parecía negarse a tirar la garrocha exponiéndose a perderla o a mancharla, y prefería más bien guardar el lindo juguete como recuerdo de príncipe tan grande.

Tornó D. Juan a mandarle un segundo mensaje diciéndole que tirase al toro la garrocha, que él la daba palabra de volvérsela sin mancha ni desperfecto. Dieron en esto salida al toro, que era un animal muy fiero, negro como la noche, que se llamaba Caifás; y quiso la fortuna que tras algunas carreras que dió bufando se detuviese ante el tendido que ocupaba la Falangola, erguido y fiero, paseando los feroces ojos por la arena, como si buscase enemigos que combatir. Hizo D. Juan a Diana repetidas señas desde su puesto, hasta que poniéndose en pie la damisela, arrojó y clavó con certera puntería y varonil esfuerzo la garrocha en el lomo del animal. Estalló en la plaza un general aplauso que cesó al punto: vieron todos que D. Juan saltaba gallar-

damente a la arena solo, en cuerpo, llevando en una mano la espada desnuda y arrollada en la otra una capa de grana. Nadie respiraba y el silencio era profundo; acorralado el toro en un extremo, bufaba y escarbaba la tierra como ansioso de embestir: fuélele D. Juan derecho, y a unos veinte pasos de distancia le citó hiriendo la tierra con el pie. Arrancó el toro con feroz ímpetu, y D. Juan, arrojando al suelo la capa por la izquierda, arrancóle la garrocha por la derecha, descargando al mismo tiempo tan recia cuchillada en el hocico, que el animal rehuyó del bulto y fué a cebarse furiosamente en la capa de grana entre bramidos de dolor y torbellinos de polvo. Mientras tanto, sereno don Juan, pausado, dirigíase al tendido de Diana Falangola, y con la gorra en la mano y una rodilla en tierra, le presentaba sonriendo la garrocha, sin una mancha de sangre que la afease ni una chafadura que estropease sus plumas y sus lazos.

Antonio Falangola, enternecido, delirante, pidió permiso a D. Juan para hacerle su corte al otro día, en señal de agradecimiento, con su mujer y con su hija. Correspondió D. Juan en lo sucesivo haciendo riquísimos regalos a Lucrecia y a Diana, y a poco marchaba Antonio Falangola de gobernador a Puzzoli, nombrado por Granvela, dejando en Nápoles a su mujer y a su hija: *per fingere non saper cosa alcuna della sua vergogna*, dice el maligno autor del manuscrito *Fati occorsi mella città di Napoli*, existente en el archivo de aquella ciudad famosa.





III

NO duró mucho tiempo este devaneo de D. Juan; a mediados de Diciembre escribía Fray Miguel Serviá en su diario:

«En este tiempo ya se llegaba la Navidad, y su Alteza se retiró el lunes antes a un monasterio fuera de Nápoles, de canónigos regulares, que se dice *Pic de Grutta*, y un día antes de la Vigilia envió un caballero al Duque (de Sessa) que mandase avisar fuese a confesarle. Otro día, que era la Vigilia, fuimos el Padre Fray Fee y yo; recibiónos muy afablemente y mandó nos diesen aposento porque no se confesaría hasta la noche; y ya que era hora de maitines, llamáronnos y yo confesé a su Alteza y al mayordomo, y el Padre Fray Fee al camarero y muchos otros caballeros; y comulgó su Alteza a la primera Misa cantada y después todos los caballeros que confesado habían. Nosotros, día de Navidad, después de comer, volvimos a nuestro convento».

Tenía pensado D. Juan, para asegurar sin duda mejor los frutos de su penitencia, marchar desde el monasterio de *Pic de Grutta* a los Abruzzos, sin entrar en Nápoles

para conocer y visitar en Aquila a su hermana D.^a Margarita de Austria, la famosa Gobernadora de los Países-Bajos, madre de Alejandro Farnesio. Pero alcanzó en aquel piadoso retiro cartas de su hermano Felipe II, que fueron muy de su agrado y le obligaron a volver a Nápoles y a detener su visita. Mostrábase en estas cartas el Rey D. Felipe decidido a llevar a cabo la tercera campaña contra los turcos, que preceptuaba la Liga Santa para Marzo del próximo año de 73; y a este propósito mandaba a D. Juan, no sólo preparar para dicha fecha las galeras que allí en Nápoles invernan, sino aumentar hasta trescientas el número de ellas y hasta sesenta mil el de los hombres de desembarco. «Y como es agora quando las cosas de la Liga se entienden y platican en Roma, escribía D. Juan a su hermano explicando la detención de su anunciada visita, mandame también atender a ellas desde acá con advertir a sus ministros señalados para esto, de cosas en que siempre entran demandas y respuestas... Muy de veras toma S. M. el proseguir en la Liga, y así ha mandado, y a mí principalmente, que con las mismas se atienda a reforzar su armada. Váse procediendo en esta conformidad en todas las provisiones que convienen. Espero en Nuestro Señor que todas serán en daño del enemigo, el qual se entiende que arma a gran furia y con intención de salirnos al encuentro; pero por ventura nos topará antes de lo que imagina».

Era esto lo bastante para despertar en D. Juan la afición que dominaba en él a todas las aficiones, y desde aquel momento ya no pensó más que en obedecer las órdenes de su hermano, olvidado por completo de la Falangola: hasta que aprovechando un corto descanso, a mediados de Febrero, salió de Nápoles con un séquito sencillo, solo de treinta caballeros, y se dirigió a Aquila, residencia habitual de D.^a Margarita de Austria. Era esta Señora la mayor de

los hijos del Emperador Carlos V; húbola a los veintidós años, cuatro antes de su matrimonio, en Margarita Vander Gheynst, hermosa flamenca, huérfana de unos tejedores de tapices bien acomodados. Reconocióla su padre mucho tiempo después de nacida, y confióla a su hermana la Reina viuda de Hungría, que era a la sazón Gobernadora de los Países-Bajos. Educóse, pues, la tierna Margarita, al lado de su tía, cuyas virtudes varoniles y enérgicos arranques imitó siempre, quizá porque la impulsaba a ello su natural propio. Casáronla a los doce años con Alejandro de Médicis, Duque de Florencia; mas asesinado éste antes de cumplirse el año de su matrimonio, volvióse a casar con Octavio Farnesio, Duque de Parma y Plasencia, de quien tuvo al gran Alejandro, tan celebrado Capitán más tarde. Era grande su capacidad, varonil y esforzado su ánimo y su piedad tan sólida, como cimentada por San Ignacio de Loyola, que la confesó algún tiempo en Roma, con harta más frecuencia de lo que entonces se usaba.

Al reconocer Felipe II públicamente por hermano a D. Juan de Austria, apresuróse D.^a Margarita a enviarle con Francisco de Berminicourt, Señor de Thieuloye, que era uno de sus *Maitres d' hôtel*, una cariñosa carta, ofreciéndosele como hermana amantísima: contestó D. Juan como debía, y entablóse desde entonces entre ambos hermanos una correspondencia nunca interrumpida, más bien que fraternal, filial por parte de D. Juan, y maternal por parte de D.^a Margarita que le aventajaba en edad veinticinco años. Mas tarde, cuando D. Juan desembarcó en Italia por primera vez en 1571, envió D.^a Margarita a Génova a Pedro Aldobrandini, que era uno de sus principales gentileshombres, para recibirle y poner a su disposición su persona de ella, casa y estado, y manifestarle su vehemente deseo de conocerle y abrazarle. No lo tenía menor D. Juan

de ver de cerca a esta hermana desconocida que tan afectuoso cariño le mostraba, y a la primera ocasión, que fué la que ya dijimos, partióse para Aquila, donde vivía doña Margarita desde que dejó el Gobierno de Flandes en manos del Duque de Alba.

Contaba entonces D.^a Margarita cincuenta años, y era de aspecto tan brioso en el cuerpo y aun en el andar mismo, que más parecía hombre vestido de mujer, con su saya negra de paño en el invierno, y de sarga en el verano, y su sencilla escofieta con cintillo de perlas. «Ni le faltaba su poco de barba, añade el P. Strada, y bozo en el labio de arriba; lo que no sólo le daba aspecto de varón, sino también mucha autoridad». Recibió D.^a Margarita a su hermano con cariñosos agasajos, y en los breves días que allí estuvo, multiplicáronse en Aquila las diversiones y regocijos, muy especialmente las cacerías a que era la de Parma incansable aficionada. Desafió a su hermano a correr el ciervo a caballo, remudando éstos, y con ser este género de caza capaz de rendir al más robusto, no tuvo que esforzarse mucho D. Juan para dejarse vencer y halagar así a la dama.

Tuvieron los dos hermanos largas conversaciones a solas, y dábale ella prudentes consejos y sabias enseñanzas políticas, sacadas de su experiencia en el gobierno: porque era D.^a Margarita mujer muy diestra en el manejo de los negocios, y gran conocedora de la vida y de los hombres, como discípula que había sido de tres grandes políticos; la Reina D.^a María, los Médicis, y el Papa Paulo III, tío de Octavio Farnesio, su segundo esposo, que la tuvo consigo en Roma durante la larga ausencia de éste. En una de estas conversaciones, preguntóle a D. Juan si tenía algún hijo: contestó D. Juan que no: Díjole ella.—Pues si alguna vez lo tenéis, dádmelo.—Turbóse D. Juan algún tanto y

replicó.—Presto podrá ser que esta merced acepte.—No insistió más D.^a Margarita sobre el asunto: mas una vez partido D. Juan de Aquila pasaron muchas cosas que luego referiremos, y el 18 de Julio de aquel mismo año, escribió a su hermana desde Nápoles la siguiente carta:

«Señora, ríase V. Alteza en leyendo esta carta, de lo que en ella quiero dezirle, que yo, aunque corrido, pienso también hazerlo. Acuérdesse V. Alt.^a, que entre otras cosas particulares me preguntó si yo tenía algún hijo, y juntamente me mandó que se le diera, si lo tenía. Respondíle que no besándola las manos por la merced que me quería hacer; dixé que *presto podría ser la acetase*. Este presto, Señora, casi lo es ya, porque de aquí a un mes creo que de muchacho que soy me he de ver padre corrido y avergonçado; y digo avergonçado porque es donayre tener yo hijos. Ora al fin V. Alt.^a perdone, que dellos ha de ser madre como de mí y del que nacerá, que será el primero, principalmente. Y así se lo suplico muy de veras, quiera, por hazerme merced, tomar este nuevo trabajo, y pesadumbre y que sea con todo el mayor secreto y recato que posible sea. Pero esto, con todo lo demás que parescerá combiniente y acertado, quiero remitir y remito a V. Alt.^a, y le suplico que no solo se encargue de todo, sino también de advertirme a mí en aquello que sobre este particular y sobre todo juzgase por lo mejor: que cierto lo será. Quanto sea tiempo de entregarse V. Alt.^a de la criatura, que será luego que sin su peligro pueda llevarse hasta do se hallare, se lo escribirá el Cardenal Granvela, el qual, por amor mio, y porque mejor y más secreto se haga, se a encargado della hasta ponerla con V. Alt.^a con quien el dicho Cardenal se dará la mano y correspondencia. De nuevo suplico a V. Alt.^a se la dé con el mismo, y que desde luego entienda que es madre de padre y hijo. La que verdaderamente le parirá

es mujer de las nobles y señaladas de aquí, y de las más hermosas que ay en toda Italia; que al fin con todas estas partes y principalmente la de la nobleza, parece que podrá mejor sufrirse este deshorden. Esto es, Señora, en quanto á esto.—De Nápoles, 18 de Julio 1573.—Besa las manos de V. Alteza su muy cierto servidor y obediente hermano D. Ju.^a de Austria».

Este *presto* llegó al fin, y el 11 de Setiembre dió a luz Diana Falangola una niña, que fué bautizada con el nombre de Juana: hízose cargo de ella al punto el Cardenal Granvela, y entrególa a una nodriza buscada de antemano. Dos meses después, a principios de Noviembre, cumpliendo el Cardenal las órdenes de D. Juan y de D.^a Margarita, envió la niña a Aquila, con su nodriza y el marido de ésta: iban al cuidado de Francisco Castano, de la servidumbre del Cardenal. Acompañóles Castano hasta la aldea de Rocca, cerca de Sulmona y allí les entregó a una persona de toda confianza enviada desde Aquila por D.^a Margarita. Hízose todo con gran misterio y sin que nadie trasluciese el origen de la niña.

Pregúntanse aquí todos los historiadores cuál sería la causa de negar tan rotundamente D. Juan a su hermana D.^a Margarita la existencia de su otra hija D.^a Ana. Nosotros creemos que lo que obligó a D. Juan a mantener este engaño durante toda su vida, fué su fidelidad a la promesa de secreto hecha a D.^a Magdalena de Ulloa, y su temor de lastimar el decoro de la infortunada D.^a María de Mendoza (1).

(1) Doña Margarita de Parma educó esmeradamente a su sobrina, y la tuvo consigo hasta la muerte de D. Juan de Austria. Acaecida ésta, influyó cuanto pudo en el ánimo de Felipe II para conseguir el reconocimiento de esta niña; mas solo pudo obtener del Rey que la mandase entrar en el Monasterio de Santa Clara de Nápoles, con una monja noble que la

autorizase y cuatro personas que la sirviesen. Alcanzó para esto un Breve del Papa, y siempre cuidó de recomendar eficazmente a todos los Virreyes de Nápoles la persona de D.^a Juana. Era esta señora de ingenio muy vivo y despierto: hablaba varios idiomas, y escribió algunos libros en latín, que dedicó al Rey y al Príncipe su hijo, Felipe III más tarde. Al subir éste al trono trató de casar a D.^a Juana convencido de que no existía en ella vocación alguna religiosa, y consiguiólo al fin en 1603 con Francisco Branciforte, primogénito del Príncipe de Butera. Dotóla Felipe III en sesenta mil ducados y una renta anual de tres mil para sus gastos. Murió D.^a Juana en Nápoles a los cincuenta y siete años de edad el 7 de Febrero de 1630, dejando una sola hija que se llamó Margarita en memoria de la Duquesa de Parma. Esta Margarita Branciforte, única nieta de D. Juan de Austria, casó con Federico Colonna, Duque de Paliano y Condestable de Nápoles.





IV

SEGÚN el diario de Fray Miguel Serviá, volvió de Aquila D. Juan de Austria el 3 de Marzo, tan contento y satisfecho de su hermana la de Parma, que al día siguiente escribió a Juan Andrés Doria: «Ayer, después de comer, llegué del Aquila de haber visto y conocido una de las más valerosas y prudentes mujeres que agora se conocen, y aunque la quiero como a hermana y amiga, no pasión me hace decir esto, sino ser en eso ansí, y mucho más de lo que publica el mundo della».

No quedó D. Juan igualmente satisfecho de las voces que en Nápoles corrían: susurrábase, sin que nadie pudiera decir de dónde surgiera la noticia, que los venecianos se retiraban de la Liga Santa, haciendo paces vergonzosas con el turco; y decíase también que estas paces las había negociado el Obispo hugonote Noailles, Embajador del Rey de Francia Carlos IX en Constantinopla. No paró mientes D. Juan en estas hablillas y prosiguió activando el armamento de la flota, pronto ya a terminarse, hasta la Semana Santa que se retiró a un convento de Cartujos. «Mártes de

la Semana Santa, 17 de Marzo, dice Fray Miguel Serviá en su diario, su Alteza se retiró en el Monasterio de San Martín, que es de cartujos, y miércoles envió a llamar que por el juéves yo con otro compañero confesor, subiéramos a dicho monasterio, y así lo hicimos. Confesó su Alteza Sábado Santo en la noche: comulgó dia de Páscoa por la mañana. El Padre Fray Fee confesó muchos caballeros de la casa de Su Alteza. Dia de Páscoa subió su Alteza a comer al castillo de San Telmo con toda su casa, de donde despedidos de su Alteza volvimos a nuestro Convento. Su Alteza abajó la tercera fiesta después de comer».

Y justamente al bajar D. Juan del castillo fué cuando supo de una manera cierta que las habladurías que corrían por Nápoles, eran un hecho tan positivo como vergonzoso. Los venecianos habían en efecto hecho la paz con el turco sin advertirlo al Papa, ni a Felipe II, justamente en el momento en que preparado todo para la tercera campaña, se comenzaba ya a ordenar la jornada. Indignado D. Juan ante semejante villanía, corrió allí al punto, seguido de los caballeros de su casa y de muchedumbre de pueblo, todos en pelotón, dando grandes voces contra los venecianos, y mandó arriar en la galera Real la bandera de la Liga en que estaban las armas de Venecia, izando en su vez el estandarte Real de Castilla. La indignación de Gregorio XIII fué también grande; negóse a recibir al Embajador Nicolás de Porta, que para aplacarle enviaban los venecianos, y dijo en público Consistorio, con palabras muy duras, que eran poco religiosos los venecianos, y guardaban mal su palabra, su fe y el juramento hecho a la Sede Apostólica. No menos contrariado Felipe II, recibió sin embargo con su imperturbable serenidad a Antonio Trepolo, encargado de darle la noticia, limitándose a contestar que si la República obraba así por su interés, él había obrado en bien de

la cristiandad y de la misma República y que Dios y el mundo juzgarían.

Una vez deshecha la Liga Santa quedaba un problema por resolver, importantísimo para D. Juan de Austria, y al que no podía él, sin embargo, dar solución alguna. ¿Qué se haría de aquella potente flota, tan lucidamente pertrechada a costa de tantos gastos y trabajos? ¿Se desharía sin honra ni provecho de nadie o iría por sí sola y sin ayuda de los venecianos a buscar a costa del turco nuevo provecho y nueva gloria para las armas españolas?... Este era el tema de todas las conversaciones en Nápoles, y grandes y pequeños, ignorantes y sabios, daban su opinión, discutían acaloradamente, tiraban planes, reñían batallas, conquistaban reinos, y extirpaban turcos, con ese loco atrevimiento del vulgo de todos los tiempos, que resuelve en un segundo los mas arduos problemas de la guerra y del gobierno; mas era en aquella época este prurito un inofensivo hablar más o menos desordenado, porque felizmente para ella no había entonces periódicos que extraviasen la opinión en pro de sus intereses y en desprestigio de la autoridad legítima.

También los hombres graves del Consejo hallábanse divididos y eran tres las principales opiniones que sostenían. Querían unos, con el Duque de Sessa, sacar la flota a la mar y arremeter al turco donde quiera que lo hallasen, como se hizo en la jornada de Lepanto. Opinaba el Marqués de Santa Cruz que la flota se dirigiese desde luego contra Argel, porque una vez conquistado este reino y libre del poder de Selim se rendirían Túnez y Trípoli y quedaría libre de turcos el Mediterráneo. La tercera opinión era la de D. Juan de Austria, que prefería más bien atacar primero a Túnez, como más fácil y hacedero, llegando después a los resultados que el Marqués de Santa Cruz se proponía.

Recibió en esto D. Juan un mensaje secreto del Papa Gregorio XIII, diciéndole que atacase a Túnez, que él le ratificaba la promesa de San Pío V de darle la investidura y la corona de aquel reino. Deseban mucho los Pontífices fundar un imperio cristiano en Africa, que fuese poco a poco ensanchando sus límites, y realizase así la política del gran Cardenal Jiménez de Cisneros indicada ya en el testamento de Isabel la Católica; era aquella la ocasión más oportuna y de haberse aprovechado entonces, quizás fuesen muy otros hoy día los destinos de Africa... Mas no llegaba orden alguna de la corte y en estas perplejidades envió D. Juan a Madrid al secretario Juan de Soto; lo cual fué motivo de grandes comentarios en Nápoles. Dice Fray Miguel Servia: «Este mismo día (22 de Mayo) partió el secretario Juan de Soto en una galera para España enviado por su Alteza. No se ha podido entender a qué. Ha causado esta partida grande admiración». Y el propio D. Juan notifica la partida de Juan de Soto a su hermana D.^a Margarita de esta manera: «La causa de no haber escrito a V. Alt.^a algunos días ha, ha sido estar en todo, y yo principalmente, suspengo sin alguna resolución, esperándola de la corte a donde he enviado al Secretario Juan de Soto, lo uno a dar cuenta, como tan bien informado de cosas pasadas y sucedidas, y lo otro a saver qué haremos en el tiempo y provisiones con que nos vemos».

Mientras tanto era recibido Juan de Soto en Madrid, con disimulado recelo por parte de Felipe II y con fingida desconfianza por parte de Antonio Pérez, que lentamente preparaba aquella negra obra de perfidia que había de dar por resultado el misterioso asesinato de Escovedo, y la desgracia de D. Juan de Austria. Mas para comprender bien la sutil labor del falaz secretario, fuerza será hacer algunas aclaraciones y recordar algunos antecedentes que fijen bien

en el ánimo del lector, *el estado de la cuestión* en esta época en que empieza a iniciarse el tenebroso drama.

Dos partidos dividieron durante más de veinte años la corte de Felipe II, disputándose el favor y la privanza del Rey. Dirigía el uno el Príncipe de Évoli Ruy Gómez de Silva, que era el hombre de las diplomacias, los acomodamientos y la paz: capitaneaba el otro el Duque de Alba, que era a su vez el de las francas declaraciones, las resoluciones extremas, y la guerra como última razón. Allegóse D. Juan de Austria desde un principio al primero de estos dos partidos, por las razones que arriba dejamos expuestas; y Ruy Gómez y los suyos cifraron desde luego grandes esperanzas en el joven Príncipe. Era entonces secretario de D. Juan de Austria el buen Juan de Quiroga, nombrado por Felipe II, de acuerdo con Luis Quijada, al formar a su hermano su primera servidumbre. No tenía entonces importancia alguna este cargo por la corta edad de D. Juan: mas Juan de Quiroga tuvo ocasión de ver crecer y desarrollarse las altas prendas de D. Juan, de encariñarse grandemente con su persona, seducido por la afabilidad y leal franqueza de su trato, y a la primera ocasión, que fué la de la guerra de los moriscos, animó y decidió a D. Juan a solicitar el mando de esta campaña, convencido de que el aguilucho tenía ya fuerzas y plumas bastantes, y no necesitaba sino ancho espacio en que desplegar las poderosas alas de su genio y remontar su gallardo vuelo. Obraba en esto Juan de Quiroga por desinteresado afecto a D. Juan, y por respeto a D.^a Magdalena de Ulloa, cuyas atinadas opiniones sobre el carácter de éste tenemos ya bien conocidas. El Príncipe de Évoli por su parte, Antonio Pérez y toda su camarilla aprobaron la conducta del secretario Quiroga, apoyáronle con sus esfuerzos y aplaudieron con entusiasmo aquel primer revuelo de D. Juan que le puso al nivel de

los más grandes Capitanes del reino y comenzó ya a granjearle envidias.

Murió en esto el buen Juan de Quiroga en Granada, antes de salir D. Juan a campaña, y Ruy Gómez y Antonio Pérez apresuráronse a colocar al lado de D. Juan un nuevo secretario, hechura completa de ellos, que supiera encaminarle y dirigirle según convenía a los intereses del partido. Este nuevo secretario fué Juan de Soto, hombre capaz, activo, muy diestro en los negocios, y amiguísimo de Ruy Gómez; pero su recto juicio era al mismo tiempo independiente, y a su corazón generoso repugnaban el egoísmo y la injusticia.

Sirvió Soto a D. Juan de Austria en la campaña de los moriscos y en la del Mediterráneo contra los turcos, y asistió y estudió, y por decirlo así, vió por dentro el mecanismo de aquellos gloriosos triunfos y victorias, que hicieron de D. Juan en tan breve tiempo el terror de moros y turcos, el héroe favorito de la cristiandad y el hombre providencial, el *Juan enviado por Dios*, que querían los Pontífices a todo trance ver sentado en un trono. Seducido, pues, Soto, por el verdadero mérito de D. Juan, como lo había sido antes Quiroga, parecióle la oferta de Albania y de Morea la cosa más natural del mundo, y el empeño decidido de Gregorio XIII de dar a D. Juan la investidura del Reino de Túnez, el justo pago de una deuda, y el medio más cierto y seguro de implantar en África el imperio de la Cruz. Mas era el caso, que no causaban el mismo efecto estas ofertas de coronas en Felipe II, Ruy Gómez y Antonio Pérez: llenóse de recelos D. Felipe, no porque envidiase a D. Juan, como algunos aseguran, que era él harto grande para envidiar a nadie; sino porque estos planes le estorbaban su política, y sobre todo porque amenazaban arrebatarle de las manos aquel fuerte y brillante instrumento con

que había llevado a cabo y contaba llevar en adelante tan gloriosas empresas. Quería él a su hermano para sí exclusivamente, volando todo lo alto que quisiera y pudiera, pero sujeto siempre a su voluntad, y sin más miras propias ni ajenas que las que él le impusiera.

Murió por aquel entonces Ruy Gómez el 27 de Julio de 1573 cuando comenzaba a despuntar el drama; pero quedó Antonio Pérez heredero de su privanza y su poder, dueño de la confianza del Rey, y jefe de hecho del partido que capitaneaba antes el Príncipe, y sus recelos contra D. Juan de Austria fueron, aunque por distintos caminos, más lejos que los de Felipe II. Constábale al fementido secretario que nunca permitiría éste a su hermano ceñirse una corona: veía desde mucho tiempo antes que las brillantes victorias y aplaudidos triunfos de D. Juan le apartaban cada vez más de la política pacífica de su partido, y temió que disgustado al fin del todo se pasase a reforzar el bando del Duque de Alba, más conforme con sus aficiones guerreras, o formarse un partido propio, que dado su mérito personal, su prestigio inmenso y los poderosos apoyos con que contaba en Roma, pudiera muy bien absorberlos a todos y anularlos.

Preciso era, pues, precaverse contra cualquiera de estos eventos, y la mala conciencia de Antonio Pérez escogió un medio que los precavía a todos: envenenar los recelos de Felipe II dando a las ambiciosas aspiraciones de don Juan, un tinte de independencia primero y de traición después que desacreditasen para siempre en el ánimo del Rey al vencedor de Lepanto. Era sin embargo necesario mucha cautela para atreverse con Felipe II: Antonio Pérez la tuvo, y esta es a nuestro juicio la prueba más convincente de su artificioso talento, su habilidad astuta y su pasmosa osadía. Guardóse muy bien de atacar a D. Juan de Austria, y limi-

tóse por entonces a deslizar en los oídos de Felipe II, que Juan de Soto, llevado de su entrañable afecto a D. Juan y de sus propios intereses, exaltaba la fantasía de éste impulsándole a aquellos planes ambiciosos que caían fuera de las miras de Felipe II: juzgaba, pues, Antonio Pérez que se hacía forzoso separar del lado de D. Juan consejero tan peligroso, y ponerle en su lugar un hombre templado y enérgico que supiese calmar sus ambiciosas vehemencias... Vese aquí ya la primera gota de veneno destinada a emponzoñar los recelos de Felipe II contra su hermano: Antonio Pérez se lo presenta como un mozo resuelto y ambicioso que no ofrece confianza alguna si no está bajo la férula de un tutor enérgico y templado.

En este estado de cosas llegó Juan de Soto a la corte, enviado por D. Juan de Austria con la misión pública de pedir al Rey instrucciones sobre el empleo de la flota, y la secreta de darle cuenta de las proposiciones de Gregorio XIII, sobre el reino de Túnez, de que ya se tenían en Madrid algunos avisos secretos del Embajador en Roma D. Juan de Zúñiga. Pudo así comprobar Felipe II la franca verdad con que hablaba el secretario de su hermano, y esto le tranquilizó con respecto a la lealtad de las ambiciones de ambos; pero el calor con que abogó Juan de Soto por el proyecto de Gregorio XIII, y la prontitud con que deshizo los argumentos que astutamente le puso Felipe II en contra, confirmáronle las denuncias de Antonio Pérez en cuanto a fomentar las ambiciones de D. Juan, y decidiéronle a obrar según sus consejos, alejando a Soto de D. Juan de Austria. Mas como éste amaba mucho a aquél y no convenía disgustarle ni alarmarle, ni había motivo para dejar de utilizar en otra parte los buenos servicios de Soto, nombróle D. Felipe por de pronto Proveedor de Marina y envióle otra vez a Nápoles con las instrucciones para la flota

que D. Juan pedía, reservándose relevarle del cargo de secretario y separarlo de D. Juan para cuando hubiese encontrado aquel hombre enérgico y templado de que hablaba Antonio Pérez.

Las instrucciones para la flota eran terminantes: debía ésta atacar a Túnez, arrojar de aquel reino a los turcos, colocar en el trono a Muley-Hamet, hijo del antiguo rey moro Muley-Hacem, bajo la protección y dependencia de España, y mirar muy despacio, si convenía dismantelar completamente la ciudad derribando todas las fortificaciones, *cosa a que el Rey se inclinaba.*

